

MERCATORNET

## LA RESURRECCIÓN DE LA EDUCACIÓN DEL CARÁCTER.

Kevin Ryan/ Miércoles 17 de Septiembre de 2008

Las virtudes y el carácter están nuevamente en la agenda de los profesores.

Desde que el hombre abandonara la caverna, hemos estado intentando, si bien por rachas, mejorar la condición humana. Nuestra primera meta fue conquistar la naturaleza y superar lo que nos amenazaba, ya sea tigres con dientes gigantes o hipotecas demasiado arriesgadas. Nuestra segunda lucha fue interna, cómo mejorar nuestra naturaleza. Nos esforzamos por escuchar a nuestros ángeles buenos, temiendo que podamos caer nuevamente en las cavernas, arrastrando a Cindy Crawford por los pelos, o para tomar cerveza y mirar fútbol. Las vidas de la mayoría de nosotros es una continua lucha contra los problemas externos e internos.

La formación de un buen carácter ha sido considerada por mucho tiempo como la manera de superar esos problemas, especialmente los interiores. “Carácter” es una de esas palabras clave que se ha usado por mucho tiempo y que se ha deformado y retorcido de modo casi irreconocible. Su raíz griega es *charassein*, lo que quiere decir “grabar” o “hacer signos” como en una tabla cubierta de cera, o una superficie metálica. De aquí que el significado evolucionó al concepto de carácter como una señal distintiva, o un grupo de signos, es decir, una manera de comportarse del individuo, su constitución moral.

Los seres humanos aprendieron muy temprano que el buen carácter no es una casualidad. Si se deja a los niños a su arbitrio se van a morir por falta de cuidado, o crecen a menudo como adultos peligrosos, centrados en sí mismos. Toma tiempo y esfuerzo el adquirir los hábitos y disposiciones que constituyen el buen carácter. Desde la edad de las cavernas hasta hoy en día, los padres han tenido la responsabilidad primaria de ayudar a sus hijos a desarrollar las costumbres morales que constituyen un buen carácter. Históricamente los padres se han visto ayudados por hermanos mayores, vecinos, clérigos y otros, para imprimir esos modos de actuar y de entender, en la personalidad plástica de los niños. Ha sido costumbre considerar que estas señales impresas, tales como la costumbre de decir la verdad, o resolver diferencias en forma pacífica, eran esenciales para la felicidad y el florecer tanto del niño como de la sociedad. Esta era sabiduría recibida al pecho de la madre, presente en muchos dichos tales como “Al doblarse la rama, se dobla todo el árbol”. Los padres, o la sociedad que ignora la formación del carácter de los jóvenes lo hace a su propio riesgo.

Inventamos las escuelas cuando los conocimientos de cómo conquistar y manejar el mundo exterior, superó la capacidad y el tiempo de los padres para comunicárselo a sus hijos. Los profesores respondieron abrazando lo que ahora llamamos educación del carácter, con vigor y verdadera pasión. En ninguna parte fue esto tan cierto como en la Norte América colonial. En 1647 los legisladores de la Colonia de Massachusetts pasaron la ley llamada “de Satanás, el viejo mentiroso” [*the old deluder Satan Act*], estableciendo así las primeras escuelas públicas en Norte América. La ley autorizaba el

estado a cobrar impuestos a las familias para establecer escuelas primarias y secundarias. El propósito educacional, sin embargo, se ve claramente en el título de la ley. Los primeros colonos, viviendo en tierra nueva y extraña, rodeados de salvajes y separados de la civilización, tenían temor por el alma inmortal de sus hijos. Las escuelas se establecieron entonces para la tarea básica de enseñar a los niños a leer y entender la Biblia, la palabra de Dios. De esta manera, los niños iban a obtener la fortaleza de carácter para resistir las influencias de ese Viejo Mentiroso, Satanás.

En los años transcurridos desde sus comienzos en el hemisferio occidental, las escuelas han tenido como fin educacional básico la formación del carácter. Durante todo el siglo 19 y el 20, la educación del carácter en los Estados Unidos tuvo un profundo elemento de religión Bíblica y de enseñar a ser buen ciudadano. Sin embargo, en el siglo 20 los elementos religiosos fueron eliminados, de modo que la justificación y el contenido de la educación del carácter fue más y más secular. Además, la misión y justificación de la educación del carácter se vio minada en forma dramática durante los sucesos socialmente trascendentales de fines de 1960 y comienzos de 1970. Una guerra impopular en Asia Sudoriental, nuevas costumbres sexuales atribuidas a la amplia disponibilidad de anticoncepción, la abundancia de “drogas de recreo” y la lucha, frecuentemente violenta por derechos civiles, parecieron haber demolido la conciencia moral de la nación. Esta manera de pensar dejó a muchos educadores en la duda sobre “¿qué valores podemos enseñar en forma legítima?”.

Como respuesta a esta confusión, muchos profesores y administradores simplemente dieron un paso atrás con respecto a su responsabilidad tradicional como educadores del carácter y transmisores de los valores morales de la sociedad. En la década de 1960 aquellos educadores que todavía creían que tenían la responsabilidad de preocuparse de las necesidades morales de sus alumnos, encontraron dos maneras muy diferentes de enfocar el problema desde un punto de vista psicológico, ambas pretendiendo resolver el problema: ‘esclarecer valores’ y ‘promoción del desarrollo moral’.

### **Profesores como facilitadores.**

Esclarecer valores es un buen nombre. En vez de enseñar conceptos morales o valores determinados, los profesores se vieron llamados a ser meros facilitadores neutrales. Por medio de varios ejercicios y juegos intentaban proporcionar la oportunidad a los niños de *esclarecer* sus propios *valores* morales. No los de sus padres, o de su iglesia o de su país, o de sabiduría milenaria, sino los valores que afloraban de aquellos ejercicios. A pesar de que en el espejo retrovisor de la historia, la idea parece absurda, esclarecer valores fue muy popular en nuestras escuelas por unos 20 años. En 1980 los educadores reconocieron el error cuando la investigación determinó que ese método era ineficaz, excepto para promover el relativismo moral.

El segundo método, promoción del desarrollo moral, fue esencialmente la creación de un psicólogo alojado en una gran universidad, de modo que se lo tomó muy en serio. La teoría pretendía que los individuos eran capaces de avanzar en su raciocinio moral a través de seis etapas. Además, se podía ayudar a los individuos a progresar más

rápidamente a través de estas etapas. En detalle, si individuos en una etapa más primitiva se ven expuestos a un análisis moral más elevado, van a gravitar hacia tales etapas. En otras palabras, al exponer a personas de bajas ideas morales con personas de ideas más desarrolladas, eso va a tener resultados positivos. Los educadores debían exponer a los alumnos a problemas morales muy complejos. En las décadas de 1970 y 1980 se desarrollaron varios currículos para escuelas primarias y secundarias.

Una vez más, cuando se investigaron los resultados, estos fueron negativos. Todas las discusiones éticas no llevaban a un progreso moral. Además, los profesores encontraron que tratar de discutir casos complicados en la clase era muy difícil. Intentar determinar qué alumnos estaban a un nivel superior, y lograr que los de niveles inferiores escucharan a los más avanzados, probó estar más allá de la habilidad de muchos profesores.

### **La vuelta a la educación del carácter.**

La falla descorazonadora de estos dos métodos psicológicos, uno de ellos preferido por los educadores inclinados a la terapia y el otro por los profesores universitarios, enfrió el interés en la educación del carácter. Sin embargo, la responsabilidad tradicional y la clara necesidad de que las escuelas se preocuparan de las necesidades morales y del carácter de los alumnos, no podía ignorarse. En los EEUU, al darse cuenta el público del extraordinario aumento, en los últimos cuarenta años, de patologías de la juventud (por ejemplo, crímenes violentos, embarazos extramatrimoniales, drogadicción) ha continuado poniendo en aprietos a los educadores. Sin embargo, sin importantes municiones, tales como las determinadas por fe religiosa o sólidos ideales humanísticos, lo que se ha llamado “el movimiento de educación del carácter” parece haberse empantanado. Pero lo que es más importante es que pareciera que el movimiento de educación del carácter tiene poco que ver con el carácter de los seres humanos!

De acuerdo a las normas académicas, la psicología moderna, empírica, es una ciencia reciente. Y con pocas excepciones (p.ej. Abraham Maslow, Carl Rogers), el interés principal de esta disciplina ha sido con respecto a las enfermedades mentales y otros problemas humanos. No fue sino hacia el fin del siglo veinte que se ha hecho un esfuerzo importante de investigación para explorar qué constituye una vida humana floreciente. Este cambio de dirección, este nuevo empeño se ha llamado psicología positiva. Estos psicólogos están tratando de descubrir qué es lo que contribuye a la felicidad o a un florecer humano. El término que usan más a menudo es “salud mental”.

En su búsqueda para determinar qué constituye la salud mental, los investigadores de psicología positiva han identificado seis elementos humanos básicos, que contribuyen a la felicidad del hombre. Aun más, encuentran que estos seis elementos y los otros 24 elementos asociados de fortaleza del carácter, son universales. Son: sabiduría y ciencia (creatividad, curiosidad, mente abierta, flexible, deseos de aprender, perspectiva); coraje (valor, persistencia, integridad, vitalidad); humanidad (amor, bondad, comprensión social); justicia (ciudadanía, equidad, condición de líder); templanza (saber perdonar, ser compasivo, humildad, prudencia, auto control); trascendencia (apreciación de la belleza y de la excelencia, gratitud, esperanza, humor, espiritualidad). Hay que observar que los

psicólogos positivos han vuelto a usar los antiguos términos filosóficos de “virtud” y “carácter”, para poner nombre a sus descubrimientos científicos.

### **Resucitando la ética de las virtudes.**

Este movimiento de la psicología empírica se ha visto acompañado de un revivir de la ética de virtudes en filosofía. Y junto a eso se ha vuelto a descubrir el significado tradicional del carácter. Si bien el revivir de la ética de virtudes puede ser atribuido a los esfuerzos del filósofo Alasdair MacIntyre, el término tiene sus raíces en los esfuerzos de los antiguos filósofos y pensadores religiosos, intentando identificar cómo alcanzan los hombres la felicidad, o el ‘florecer’. Aristóteles, habiendo determinado que la senda a la felicidad humana es vivir una vida virtuosa (es decir, poseer las cualidades del carácter tales como justicia, auto-control – temperancia – y coraje), procedió a examinar cómo se logra la virtud. Su respuesta fue por el desarrollo de hábitos o virtudes morales. Primero tenemos que entender qué significa una virtud, tal como temperancia o justicia, y entonces inclinarnos hacia ella. Es decir, tenemos que tener el deseo de poseer esas virtudes o hábitos. En segundo lugar, tenemos que “actuar”. Tenemos que practicar las virtudes hasta que se transformen en “segunda naturaleza”. Una gran idea de Aristóteles fue que llegamos a ser virtuosos realizando actos de virtud. Llegamos a ser valientes haciendo actos de valor y llegamos a controlarnos actuando de manera controlada.

Estos dos movimientos intelectuales han vuelto a reconocer la antigua idea que los seres humanos *no* vienen al mundo y se desarrollan naturalmente como personas de buen carácter. Es decir, necesitamos ser educados sobre lo que significa ser “una buena persona”, y necesitamos el entrenamiento y la oportunidad para adquirir los hábitos o virtudes que *constituyen* una buena persona. De este modo, la ética de virtudes, en particular, ofrece a los educadores un mandato histórico y claro y un método para dedicarse a la educación del carácter. En resumen, el método consiste en llevar a los alumnos a entender aquellas virtudes que constituyen una vida realmente buena, proporcionarles ejemplos de la historia y de la literatura y señalarles claramente las dificultades para alcanzar y conservar esas virtudes. Y lo que es aun más eficaz es lograr que los educadores lleven a los alumnos a entender que toda su experiencia en la escuela, ya sea éxitos o fracasos académicos, proezas atléticas o desengaños sociales, son materia para la tarea primaria de los alumnos, llegar a ser los generadores de su propio buen carácter.

### **Agitar la caldera de la moral.**

En este momento la educación del carácter no se encuentra ni remotamente en el primer lugar de las escuelas públicas. Dada la presión de los Directorios de las escuelas y de los empleadores, que exigen trabajadores más hábiles y productivos, los profesores y administradores se han orientado hacia el dominio del idioma, matemáticas y ciencias, áreas que pueden medirse en lo que se ha llamado “tests de alto valor”. Además, la mayoría de los educadores, como la población a la que responden, han sido educados en escuelas de “valor neutral”, y por consiguiente, no están preparados para enseñar lo que muchos miran como otra moda educacional.

La porfiada realidad, sin embargo, es que pretender educar a un niño sin preocuparse de su carácter y valores morales no le confiere verdadera preparación, y es a su vez peligroso para una sociedad democrática. Las mismas escuelas son calderas morales con problemas éticos de hacer trampas, de matonaje y de equidad. Afortunadamente al comenzar el siglo 21, la aparición simultánea de dos movimientos intelectuales, la psicología positiva y la ética de virtudes, hace esperar que los educadores vean la luz hacia una educación sólida de educación del carácter.

Los apóstoles educacionales modernos, del multiculturalismo y la diversidad van a verse enervados por lo que perciben como expresiones “eclesiásticas” y de “hombres blancos muertos”, tales como “virtudes” y “carácter”, y para peor, la mención de una figura tan anticuada como Aristóteles. Pero podrían verse estimulados al descubrir que uno de los principales partidarios de la ética de virtudes y de la psicología positiva es un Asiático y no es Cristiano. Por otra parte, es anterior al internet, usando términos tan arcaicos como “sembrar” y “cosechar”, que son ajenos a la “experiencia de vida” de la mayoría de los niños occidentales. Dejando de lados esos más y esos menos, hace 25 siglos que Confucio estableció la esencia de cómo desarrollar el carácter en un poema de cuatro líneas. El sabio Chino escribió:

Siembra una idea, Cosecha una acción.  
Siembra una acción. Cosecha un hábito.  
Siembra un hábito. Cosecha un carácter.  
Siembra un carácter. Cosecha un destino.

*[Kevin Ryan fundó el Centro para el progreso de la ética y el carácter en la Boston University, donde es profesor honorario. Ha escrito y editado 20 libros. Apareció recientemente en programas de Televisión de CBS, ABC, Fox News Channel, CNN y PBS, hablando de educación del carácter. Se puede contactar a [kryan@bu.edu](mailto:kryan@bu.edu)]*

Artículo aparecido originalmente en inglés en Mercatornet, [www.mercatornet.com](http://www.mercatornet.com) y titulado “Carácter education walks again!” Traducido con permiso para publicación en Cenaca.